

“La muerte se aproxima, y la sombra que la precede ha arrojado una influencia calmante sobre mi corazón”.

William Wilson, Edgar Allan Poe

Capítulo primero: Suceso

He sido preguntado innumerables veces sobre mis compañeros de universidad que hoy están en el Hospital Psiquiátrico Nacional, echados todo el día, babeando y balbuceando estupideces. Durante mucho tiempo me he negado a responder cualquier pregunta sobre el tema, hasta se me llegó a acusar de envenenamiento e incluso del homicidio de nuestro profesor. Todo esto, sin pruebas, y, por ende, hoy “gozo” de libertad. ¿Por qué escribo gozo en comillas? Porque si bien es cierto que estoy libre, estoy libre en el peor infierno en el que un ser humano podría estar: su memoria.

No pretendo que las familias de mis insanos compañeros crean siquiera una palabra de las que escribiré, pero debo hacerlo, pues si no lo hago, mi memoria continuará fallando y no podré recordar absolutamente nada más. Tengo que recordar y guardar a la posteridad todo lo que pueda antes de que mi memoria y vida se extingan. En todo caso, haría cualquier cosa para no termi-

nar como ellos, estúpidos, inertes, sin la capacidad de pensar, pues su cerebro parece haberse derretido como el mío parece estar haciéndolo ahora, mientras escribo esto.

En las páginas siguientes relataré una historia que duró solo tres días para nosotros, pero que, para nuestro profesor, hoy desaparecido, fue un lustro de tormento que lo torturó cada día y noche hasta sus últimos momentos de vida. Con mi relato, no espero responder la causa del porqué mis compañeros de clase sean discapacitados como lo son hoy, pues ninguna palabra que escribiré, estoy seguro, será creída por alguien. ¿Por qué lo escribo entonces? Pues porque mi memoria falla constantemente. Ha habido días en los que he olvidado mi propio nombre, y esto, creo, se debe a un suceso particular que pronto relataré. Pienso que escribiéndolo, mi memoria se normalizará, ya que debo recordar sucesos que pasaron hace más de tres meses que he sentido como décadas, aunque temo recordar algo que no quisiera (o debería) y que me deje perturbado mentalmente como los que hoy están amarrados en el Manicomio.

El año ya casi estaba terminando, era el

primer día de diciembre de un año que no recuerdo, pues mi memoria cada vez se está estropeando cada vez más. Varios de mis compañeros nos quedamos después de clase para tener una simple conversación sobre cosas personales y sin importancia con nuestro profesor de filosofía, hoy desaparecido. La charla se prolongó bastante, y, como algunas conversaciones entre amigos o conocidos, pasó a ser un tanto oscura, por decirlo de alguna forma. Hablábamos sobre los misterios que la humanidad siempre ha buscado, de las verdades que algunos supuestamente sabían y que habían experimentado. Lamentablemente, lo sé ahora, que solo las que ignoramos son realmente interesantes. De esto, por supuesto, nunca se dieron cuenta, aunque quizás lo supieron, cuando la verdad estalló ante sus ojos de una forma que ya relataré. Quizás por lo mismo ahora son estúpidos encadenados a una cama de manicomio. La verdad suele matar gente.

De nuestra ignorancia nos hablaba nuestro profesor presente, cuyo nombre era Howard Higgins, un extraño nombre en esta parte del mundo, pero que en una de sus clases nos aclaró. Era, según sus palabras, inglés, nacido en el campo, pero

no quiero hacerlo. Las palabras que pronunció aquel espectro de odio, creado por las injusticias de la vida, no puedo ni quiero recordarlas. Si mis compañeros las recuerdan, es la única razón por la que están como están hoy: inertes y sin pensamientos. Estoy seguro de que, si recuerdo una sola palabra, quedará igual que ellos.

Debo decir que, a pesar de que no rectifico las últimas palabras escritas en el anterior capítulo (que fue hace varios días), tampoco puedo decir que es lo correcto. Según mi opinión: los muertos no deben olvidarse, lo que debe olvidarse es la muerte y su tragedia.

Lamentablemente es hora de sorprender al lector. Este hecho sucedió realmente en el mundo de la vida. Por supuesto nadie creará este último párrafo de texto, pero debo asegurarlo con toda la fuerza y convicción que me queda y lo haré bajo la siguiente premisa: el mundo donde usted vive y que cree conocer, es más grande de lo que nunca imaginaría.

Solo estaba ahí, sin hacer nada, sin sentir nada, sin ser nada. Cuando despertaron las otras dos, pude observar el mismo comportamiento en ellas que el primero en despertar: nada.

Solo me senté en el suelo y esperé ¿Qué esperé? A saber. Supongo a que nos encontraran o algo así. No sé cuánto tiempo pasó antes de que sucediera eso, pero al parecer fueron días. Por los comentarios de la gente que supuestamente me conocía, supe que había adelgazado hasta los huesos, y que en mi rostro pálido se marcaban aún más las horribles ojeras que hasta hoy no se han borrado de mi demacrado e inútil rostro.

Pasaron semanas antes de poder recopilar en mi memoria todo lo que había sucedido, semanas que pasé en un hospital. Aún ahora no recuerdo todo, pues como el lector ya se habrá dado cuenta, los diálogos de las conversaciones que recuerdo son vagos y poco creíbles.

Así, demorando varios días entre algunos párrafos, construí este relato con todos los detalles que recuerdo, a excepción del anterior capítulo, cuyos recuerdos son más vagos incluso que los de un sueño que se olvida al despertar, pues no recuerdo palabras ni visiones, solo sentimientos. Y

crecido en la capital, o algo así, y en sus estudios se encuentran innumerables títulos sobre psicología, sociología, filosofía y antropología, según él. Por lo que parece a simple vista, era alguien obsesionado con todo lo relacionado al humano y su naturaleza.

Su indiferencia por las personas hacía pensar a cualquiera que estaban frente a un misántropo. Había gente que, simplemente, decía que estaba loco. Yo, en lo personal, estoy de acuerdo con esta opinión. Suponía que su frialdad hacia las personas había sido alimentada por los años de experiencia, estudios y obsesiones. Lamentablemente, ahora sé por qué. Aunque ya no importa. Él ya no está en este mundo, ni siquiera en la forma de un cadáver decrepito e insufrible.

El lector pensará que este personaje era completamente ignorado y odiado, pues no, a pesar de sus conversaciones serias era una persona bastante alegre. Y aunque parecía que intentaba alejar a la gente por alguna razón, a todos nos caía bien. Pero ahora, mis sentimientos para con él son de absoluta repugnancia, asco, e inclusive odio. Su familia me odiaría por decir esto, pues ellos no saben la verdad, pues la verdad suele matar gente.

Antes de seguir con el relato (que ni siquiera he comenzado) debo aclarar los términos de “matar a alguien”. Asesinar no siempre es sinónimo de matar, y quitar la vida no es, necesariamente, lo mismo que ocasionar la muerte. Para matar a alguien sin ocasionarle la muerte, puedes mostrarle la verdad, aquella que la ignorancia sobre sí mismo, sumado a las mentiras que las personas mismas se creen, ignoran. Quién sabe por qué la gente no tolera la verdad, está ahí, solo es cuestión de perspectivas. En la perspectiva que tiene un animal, el ser humano en este caso, no puede observarse absolutamente nada, pero si se miran las cosas sin subjetividades, olvidándose de que se es un ser físico y palpable, la verdad se asoma fácilmente al valiente que lo haga, pero si la verdad se le muestra al animal sin éste tener la intención de conocerla, y sin la capacidad de mentirse a sí mismo para creer que no la conoce, solo es necesario uno de los cinco primitivos sentidos humanos, para que el ser pierda la vida, sin morir, como ya he dicho antes, quedando en un estado de total estupidez, hasta que lo asuma y alcance aquel estado indefinido e incógnito que muchas religiones han intentado definir, o hasta que su cuerpo físico

Capítulo décimo: Epílogo

Ese fue el último evento sin explicación en mi vida. Desperté después de mediodía, ya era tarde y el sol ardía con fuerza. Estaba junto al agujero en el patio del profesor. No había nada. En ese momento tampoco recordaba nada de lo ocurrido el día anterior. Me levanté y entré a la cocina, ahí empecé a darme cuenta donde estaba, a recordar el lugar, pero no el porqué estaba yo allí. Lo que vi en ese lugar, hasta el día de hoy me estremece, no tanto claro está, como los dos sucesos que cambiaron mi vida por completo. De mis cuatro compañeros, una estaba muerta, más tarde supe que fue un paro cardiorrespiratorio, o esas cosas que dicen los médicos al no saber la causa exacta, ni el porqué pasó. Pero yo sí conozco la razón de su muerte, murió por miedo... Al horror de la verdad.

Dos estaban desmayadas, con una expresión dibujada en sus rostros que no quisiera describir. Tenían la cara y orejas con sangre, rasguños que se habrían provocado ellas mismas. Y el otro...

encontraba ahora no existía el tiempo, ni el color, ni el espacio, ni nada, solo éramos dos. El rostro de la niña cambió, se convirtió en pena e infelicidad, una lágrima cayó al vacío, y un abrazo paró la marcha. Existieron por un momento, palabras pronunciadas por aquella encadenada a la vida por la gente que la amo. Eso fue el final, un abrazo, una palabra, y la solté al vacío para olvidar a los muertos.

falle y su vida se extinga por completo. Un axioma de vida y muerte aún desconocido.

Por ejemplo, existen mentiras que la gente asume como verdad absoluta, mentiras que han perdurado por siglos, por milenios. Son las mentiras de la sociedad, mentiras que el lector y yo consideramos verdad, pues desde que nacimos, son la única y absoluta realidad.

Continúo. Eran cerca de las seis de la tarde, el primer día de diciembre, llovía, cosa rara en esta época del año y en este hemisferio. La charla sobre sociología informal, si es que se le puede dar un nombre a una conversación, era como cualquier otra, hasta que uno de mis compañeros (que hoy está postrado en un manicomio) preguntó estúpidamente sobre algunas cosas del pasado del Señor Higgins. Éste, cuando le tocaban asuntos sobre su niñez o sobre cualquier niño en particular, comenzaba a sudar profusamente, tartamudear, e incluso, había veces que terminaba huyendo literalmente de la conversación. Mis sospechas sobre el asunto de los niños él ya las había notado, aunque debo admitir que nunca vi nada raro, pero sospeché, y mucho. Nada me imaginaba yo el porqué de ese temor.

Como ya dije, el Señor Higgins se puso tenazmente nervioso, y balbuceó algunas respuestas que no conformaron a nadie, pero nadie siguió el tema. Yo me limité a mirarlo, quizás no con una cara amigable, pues él ya sabía de mis desconfianzas y sospechas sobre el tema.

La charla pasó de ser una conversación de estudiantes y profesores, a prácticamente una fiesta, alguien trajo alcohol y todos, al mismo tiempo, empezaron a emborracharse de inmediato, incluido nuestro estimado profesor, hoy “muerto” sin antes haber sido torturado.

Debo confesar que soy bastante apático con el tema de las fiestas, pero, sin saber por qué, me quedé. “Un viernes de fiesta no dañará a nadie”, pensé. Y toda la charla, sus conclusiones y resultados quedaron olvidados con el alcohol. Ahora éramos unas nueve personas en total, se nos habían unido unas cuantas personas que, como nosotros, habían terminado los exámenes de fin de año, y todos, por supuesto, queríamos celebrar habiéndolos pasado o no.

Cuando cayó la noche y el sol murió, un calor húmedo habitaba el edificio, en el exterior reinaba el silencio y en el cielo, se formaban gracioso

momento lo entendí todo.

Me levanté, en medio del horror de su voz, del hedor, de la verdad. Pues la verdad es un horror. Pues la verdad suele matar gente, y así lo hizo el espectro ese día. En silencio y con la mirada perdida llena de angustia, caminé con empatía en mi corazón y decisión en mi cabeza en un acto de increíble valentía en un cuerpo que mi conciencia ya no controlaba. No sabía por qué, cuándo, dónde ni cómo, pero caminaba, y lo hacía al desgraciado cadáver de lo que alguna vez fue una reluciente niña con una vida llena de felicidad y un hermoso futuro por delante. La miré, me miró, y en silencio, la tomé en mis brazos.

El mundo desapareció esa tarde, solo era yo, con una bella niña en mis brazos, de cabello claro y liso, con unos saltones ojos verdes que me miraban sin pestañear, mientras yo hacía exactamente lo mismo. Creo haber caminado, pero no sé hacia dónde. Como dije, el mundo ya no existía, solo era yo, un universitario ojeroso, con una niña en brazos, mirándose, mientras caminaba en el vacío y hacia el mismo. Pudo haber pasado un millón de segundos ¡O quizás un millón de años! Quién sabe. Pero no importaba, porque donde me

comprimía sus extremidades en extrañas posiciones, cayó sin vida a un costado, con los ojos que, casi fuera de sus cuencas, eran tan blancos como su piel y tan antinaturales como abierta su quijada.

Posteriori, miró a cada uno de nosotros, y con la misma áspera voz nos comenzó a revelar secretos uno por uno, en un comportamiento errático y fuera de control. Secretos íntimos que lastiman a la gente, secretos que nadie debería o quisiera saber jamás, de odio y de muerte, y que, aun así, veíamos a un cadáver gritándonoslos. No solo secretos contó aquel espectro, también verdades, y no personales, si no... Verdades... No quiero recordar... Sobre cosas... No quiero... Que la gente ignore... Hasta su muerte.

La conciencia de morir. Cuanto odio se podía sentir en esa habitación, e increíblemente, bajo toda la tensión inconcebible de las circunstancias, tuve un pensamiento, más bien una pregunta, como las que había tenido hasta entonces ¿Podía una niña de seis años, odiar así? La respuesta es no. No a esa edad, no sin una razón viva pues la muerte libera e ignora el perdón, entonces ¿Qué estaba yo viendo ante mí? Lo entendí, en ese

sas nubes a lo lejos. Extrañamente, estaba despejado en torno a la luna, una luna enorme, tan enorme incluso como la incredibilidad del hecho que estaba a punto de ocurrir. Un cielo tan despejado para aquella luna, como mi mente. Mi mente, una mente tan abierta... Pero que se negaría a creer en lo que sucedería.

Era medianoche, estaba yo apoyado en esas grandes puertas que tienen las grandes universidades, solo, meditando en la soledad, sobre la soledad y acompañado por ésta. Y, sin preámbulos ni murmullos, escuché los gritos más escalofriantes que he oído jamás y que espero nunca volver a oír. Corrí a ver lo que pasaba. En esos lapsos en los que el cerebro piensa tantas cosas en milésimas de segundos, imaginé un sinfín de explicaciones para esos gritos tan desgarradores ¿Un incendio? ¿Un asesinato? ¿Un atentado terrorista? Y la lista sigue con hechos más y más ridículos, sin embargo, cualquier cosa que haya imaginado, no se parecía en nada, absolutamente nada, a lo que vi aquella noche, entre el primer y segundo día de diciembre de un año cuyos números se perdieron en mi mente.

Apoyado en una pared, entrechocando las

rodillas, temblando como un niño, mientras sus manos chorreaban sudor, y pálido como la luna esa noche, estaba nuestro estimado Señor Higgins. En la pared de madera se veían, claramente, dos brazos pequeños y delgados, como los de un niño, pero retorcidos y quebrados por completo. Sobre-salieron lentamente para terminar abrazándolo con un brazo por encima del hombro izquierdo y el otro por debajo de su brazo derecho, haciendo del muro, ahora una prisión de madera. Mientras sobresalían las extrañas formas y se acercaba cada vez más al pecho del infeliz prisionero, comenzaba a tomar un tinte negro, que hacia aún más espeluznante la visión.

Hubo dos reacciones entre la gente: una fue salir corriendo despavorido y a toda prisa a donde los llevaran sus pies. La otra, en la que me incluyo, fue quedarse inmóvil, como para asegurarse si esos delgados brazos de madera, se movían o no. Lamentablemente, sí lo hacían.

Inmóviles, atónitos e incrédulos estábamos cinco alumnos, los mismos que empezamos la fiesta. Quizás pasaron diez segundos o quizá diez minutos, pero nadie pensó en decir ni hacer nada. Cuando las pequeñas manos de madera tocaron

testigos sentados en las sillas que vimos al entrar. En frente mío, el hombre cabizbajo seguía en la misma posición, y, en medio de la rústica cocina, entre aquel monstruo y yo, la manta verde y el cadáver sobre ella. ¿Cómo pudo llegar hasta ahí? ¿Cómo pudimos llegar hasta ahí?

La escena que describiré a continuación es de imposible credibilidad. Todos sentados con horror en nuestros rostros, en silencio, vimos... Como el cadáver comenzaba a levantarse, a dirigir miradas a cada uno de nosotros con su pequeño rostro desfigurado por el accidente y el paso de los años. Un horror mudo se apoderó de nosotros, del profesor corría un torrente de lágrimas sin siquiera pestañear. Y así, mientras nos miraba, comenzó a hablar. Lamentablemente (o por suerte), no recuerdo una sola palabra que ella dijera, sin embargo, recuerdo que fue lo que mencionó en su acusador monólogo. Recriminó hasta dar muerte a nuestro profesor, lo culpaba y atemorizaba con una voz horrible, gutural, tan ronca que hacía temblar los cimientos de nuestras almas aún jóvenes. Una voz imposible en este mundo mas no en el infierno. El corazón de aquel hombre no soportó tanta aversión, y mientras convulsionaba y

Una eternidad pasó ante nosotros antes de que alguien levantara la mortaja verde. Al fin, yo lo hice. Puedo escribir en cada página de este relato, de mi último relato, cuánto me arrepiento de haber realizado cada una de las acciones posteriores al suceso de terror en mi antigua casa de estudios, y ésta no es la excepción. Me arrepiento tanto, lector. Me arrepiento tanto.

Allí, en un agujero de un metro, a un costado de rosas blancas y césped creciente. Bajo una mortaja verde cuyo color ya conocía, estaba el cadáver de la niña.

Horror. ¡Espanto! Se podía apreciar su rostro partido y las extremidades retorcidas, tal como las habíamos visto tomar forma en la madera del salón. Una escena digna de ser olvidada.

Creo haber escuchado a alguien vomitar, a otro desmayarse, y de eso no recuerdo más, debí haber caído inconsciente. Desperté sentado en el piso de la cocina, a mi izquierda estaban todos los

lentamente el pecho del profesor, como si buscara su corazón, a su izquierda, apareció un rostro infantil, o, mejor dicho, medio rostro infantil, de pelo largo y liso, o eso se suponía, que más que un muro, parecía ser una estatua de ébano que algún demente, fuera de cualquier raciocinio humano, haría. Un pequeño rostro desfigurado. Buscando. Hallando.

El pequeño medio rostro de madera hizo una mueca que asimilaba una sonrisa, pero con el rencor y odio que jamás ningún hombre quisiera ver en su vida, y que sería capaz de borrar la felicidad en cualquier ser viviente. Y en un pestaño, la pesadilla terminó con la desaparición de un espectro de madera y un hombre desmayado escupiendo espuma por la boca. ¿Alucinación? ¿Borrachera? ¿Broma de mal gusto? Ya quisiéramos los testigos que fuera cualquiera de las tres.

No estoy seguro de cuánto tiempo pasó desde el desmayo del profesor hasta que uno de nosotros reaccionó primero. Solo sé que fue una mujer, mas no quien. En total, éramos tres mujeres y dos hombres (contándome a mí). Dos mujeres comenzaron a hablar entrecortadamente y sollozando, los dos hombres nos miramos y comprendimos en mediana parte lo que estaba sucediendo. Cuatro de nosotros nos acercamos lentamente al desmayado, una de mis compañeras, bastante nerviosa, se sentó para no volver a moverse hasta que el desmayado despertó, que habrán sido los peores minutos de nuestras vidas. Al acercarnos al Señor Higgins, que yacía en el piso en una posición ridículamente incómoda, nos apresuramos en acostarlo correctamente con una mochila por almohada. Nos dimos cuenta que el rostro de desfigurado terror no había desaparecido con el desmayo. A pesar de que sus ojos estaban cerrados, podía notarse el miedo que le causó ser prota-

tomar el cuerpo de un hombre cuyo pasado nadie conocía. Allí estaba, allí estaban las respuestas... En un agujero de casi un metro de profundidad... En el jardín de un hombre despreciable... Bajo la mirada de cinco jóvenes sin energía... Bajo un manto verde.

Dicho esto, levantó el rostro ¿Con qué palabras podría describir algo así? ¿Terror? ¿Resignación a la muerte? ¿Muerte? Ni siquiera podría decir que fuera el rostro de alguien vivo. La conversación llegó hasta ahí. Procedimos entonces, a descubrir las respuestas.

Medio mirando al hombre sentado en la cocina, medio mirando el agujero, estaba yo con la pala en el jardín. Incluso en ese momento tuve la oportunidad de desaparecer y olvidarlo todo... Pero no, y ya no hay vuelta atrás. No la hay.

Bajo un crepúsculo de venganza, comencé a cavar rodeado de mis cuatro compañeros. Al estar mala la pala, sumado a los nervios de muerte que hacían temblar hasta mi conciencia, no podía existir un trabajador menos eficiente que yo. Demoré una eternidad, y los observantes así me lo demostraron, pero, aún así, no hicieron nada por ayudarme ¿Habría sido el miedo? Luego de varios incontables minutos alcancé el metro de profundidad. Lo que encontré allí...

Y en ese lugar del jardín, hallamos las respuestas que tanto buscábamos. La razón de que de un muro de madera saltara la imagen y forma de una niña, con una sonrisa eterna y diabólica, a

gonista del increíble suceso.

De un momento a otro, una obsesión de antaño que creía superada volvió a mi ser. El tiempo ahora me regía. Cada uno tomó una silla, que la carrera de los prófugos dejó esparcidas por toda la sala, y nos sentamos alrededor del inerte, pero aún vivo, cuerpo de la persona que alguna vez nos enseñó filosofía, sociología e incluso un latín informal, entre otras cosas.

La obsesión olvidada había vuelto por completo. Miraba enfermizamente mi reloj. Pasaron ocho minutos antes de que alguien se atreviera a hablar. Ese alguien fui yo.

- ¿Alguna idea de qué fue lo que vimos? – cuatro minutos tardó una respuesta.

- Una niña... de madera... en la pared...

- Abrazando al Señor Higgins...

- Sonriéndole... ¡Y desapareció!

- Supongo que solo queda esperar a que despierte –dije, falsamente tranquilo.

- Si... -tres minutos pasaron.

- ¡Se está moviendo!

Efectivamente, el hombre que yacía pesadamente en el piso comenzó a mover la cabeza balbuceando palabras y frases como: “Perdón”,

“no fue mi culpa”, “no”, “no lo hice”, “la oculté”, “ella es”, “siempre” y “me persigue”. El resto de las palabras fueron indescifrables, porque hablaba en un inglés cuya dicción y acento nadie entendió, supongo que aún después de tantos años viviendo en otro país, la lengua materna nunca se olvida, incluso si es para pedir perdón divino en una alucinación (que cosa más extraña).

Luego de las palabras sin sentido, se sentó bruscamente y abrió los ojos, al parecer, pensó que todo había sido una pesadilla, una terrible pesadilla, por cierto. Nos miró a cada uno de nosotros con cara de incredulidad, pero pronto se dio cuenta que nuestras expresiones faciales no ayudarían a absolutamente nadie a despertar y levantarse de buena manera. Se levantó con la fuerza de un recién nacido, tomó una silla, se sentó y nos miró nuevamente.

- Lo que acaba de ocurrir... -hizo una pausa- ¿Ustedes, también lo vieron?

Luego de mirarnos, asentimos en una coordinación nerviosa y tímida.

En la medianoche entre el primer y segundo día de diciembre, en la sala de una gran universidad donde estábamos sentadas seis personas,

curiosidad! ¡Antes pudimos rectificar nuestras acciones y quedar en la completa ignorancia y vivir tranquilamente, pero no, no lo hicimos, y desde ese día hasta nuestra muerte pagaremos por nuestro pecado!

Sentado se encontraba, en una silla que miraba hacia la puerta de entrada a la cocina pintada de amarillo, cabizbajo y con la mirada perdida en un mundo lleno de agonía que él mismo creó. Mientras su rostro era cubierto por las sombras del ocaso, una lágrima cayó a su mano. A su derecha varias sillas y a su izquierda una puerta que daba al jardín trasero. Un jardín común, excepto por una cosa, un hoyo a medio cavar al lado de una gran fuente con agua mohosa en ella, una pala limpia a unos metros y las manos de aquel hombre llenas de sangre y tierra.

Nadie decía nada, y yo no comenzaría a hablar. Al fin, uno de nosotros rompió el silencio.

- ¿Qué es ese hoyo? –preguntó uno.

- Ahí se encuentran las respuestas –contestó el infeliz, mirando aún el suelo. Como si supiera ya lo que habíamos estado haciendo.

- ¿Por qué lo hizo? –preguntó una.

- ¿Has estado ebria alguna vez?

Algunas dudas se estaban despejando, a estas alturas ya podíamos hacer sugerencias sobre posibles respuestas a las extrañas preguntas que nos atormentaban, pero, aún así, no teníamos ninguna. La entrevista con la familia generó nuevas preguntas, pero no tengo intención alguna de responderlas.

Volvimos a la casa del borracho en silencio.

Era tarde, pero aún no anochecía. Al parecer los policías obesos no cumplieron su promesa de quedarse todo el día resguardando la casa del Señor Higgins. La entrada se nos hizo fácil, por alguna razón que hasta hoy desconozco la vieja criada no estaba, y llegar hasta él se nos hizo más fácil que antes.

¡Maldito sea ese día! ¡Maldito sea el momento en el que decidimos hacerle preguntas al borracho sentado en la cocina! ¡Maldita sea la necesidad de saber la verdad! ¡Maldita sea nuestra

solo se oía el jadeo de una, el mayor de todos, un profesor de filosofía llamado Howard Higgins, cuyos ojos estaban a punto de salir de sus órbitas mientras temblaba como un niño enfermo. “Debo irme” murmuró, antes de que cualquiera de sus alumnos pensara en decir algo, y se fue. A paso tambaleante, rápido y torpe, solo se fue.

Nadie dijo nada después de aquella huida, solo miradas sin significado, solo miradas sin sentido. Cada uno de nosotros se levantó lentamente casi al mismo tiempo, tomó sus cosas torpemente y se fue, a todos se nos quedó o cayó algo en la sala de clases, pues nadie pensaba con lucidez. Cada uno de camino a su hogar, cada uno viajando a su casa. Pensando en quizás qué cosas. Que cosas pasan por tu mente luego de ver algo así, algo imposible ¡Absurdo! En ese momento cualquier explicación sería incoherente e ilógica.

No recuerdo el viaje a mi hogar. Lo primero que recuerdo después de eso, es el techo de mi habitación mientras mi pesado cuerpo estaba tendido sobre mi cama. En un acto de maldita racionalidad pensé: “¿Cómo puedo quedarme aquí, sin saber qué fue lo que realmente pasó?” y me senté en la cama, listo para salir corriendo al encuentro

de los demás testigos, pero recordé que al otro día tendría que verlos igualmente, en la misma sala donde fuimos mudos por minutos eternos, pues recordé vagamente que a todos se nos había quedado algo de valor ahí. Nadie hace nada bien mientras está en ese nivel de agotamiento mental. Solo esperaba que los demás pensaran lo mismo, que quisieran saber qué fue todo eso. Si fuera así, nos veríamos a primera hora de ese mismo día, en la sala donde todo comenzó. Para mala suerte nuestra, así fue.

vestigación, y que pronto daríamos con el parade-ro de aquel que les había robado la más grande felicidad de sus vidas, pero en vez de mostrarse esperanzados, retorcieron sus rostros en una expresión inimaginable que ninguna palabra podría describir mejor que... ¿Venganza?

de solo seis años de edad, que no alcanzó a vivir en plenitud su vida. Cuando empezamos a ver a la feliz niñita de las fotos, con su cara sonriente y llena de vida... Comenzaron a surgir las verdaderas preguntas... ¿Puede una niña muerta, ser causante de un odio tan inmenso de llegar al punto de, por más ridículo e increíble que suene, materializarse? ¿Pueden los sentimientos humanos generar espectros de tal fuerza que rompan las reglas más elementales de la ciencia en todas sus formas? ¿Puede hacerlo el odio?

Solo nos dimos cuenta de cómo estaba decorada la casa cuando nos marchábamos: llena de fetiches espirituales y religiosos, casi todos relacionados con la muerte. Estatuillas, colgantes de piel, collares de huesos, una biblioteca salida del infierno, llena de libritos con símbolos extraños y huesos que espero no hayan sido humanos. Con tal decoración la casa parecía pertenecer a la santera ajena a las religiones grandes. Una visión horrible que tuvimos al dejar la casa, que dejamos un poco cabizbajos, sumisos ante la imponente sentimental de la familia.

Aun así, les dijimos que gracias a la visita habíamos tenido muchos avances en nuestra in-

Capítulo tercero: Preguntas

Muchas preguntas produjo esa extraña noche, por suerte el camino era largo y me dio tiempo para aclarar la mente, formular preguntas claras y darme cuenta de que el personaje principal sabía lo que estaba sucediendo, su reacción de escapar había sido obvia, pero con el aturdimiento mental por presenciar algo completamente imposible, nadie se había dado cuenta.

Llegué a mi destino con la sangre fría y la mente despejada, no así algunos de los demás. Por suerte estábamos todos, pero extrañamente, no había nadie de los que había huido al principio de la increíble aparición. En la conversación noté que todos tuvimos la misma necesidad de saber la verdad y que también esperaban que estuviéramos los cinco. Solo una mujer y un hombre seguían con la mente agotada pues según ellos no durmieron absolutamente nada en la noche (y se notaba por las negras ojeras que marcaban la mitad de sus rostros). Yo, por mi parte, dormí como

un estropajo, estaba tan cansado que ni siquiera recuerdo cómo desperté, solo recuerdo que ya estaba caminando, y, aunque estaba un poco adolorido, sentía había dormido bien.

Todos, sin excepción alguna, solo queríamos saber la verdad a cualquier precio, pero antes debíamos saber si todos estaríamos unidos en la empresa más extraña en la que jamás ninguno de nosotros estuvo. Nos costó una hora tranquilizar a los dos que aún estaban agotados, tres horas durmieron en la sala, cuando despertaron, tomamos otra hora de conversación hasta ponernos de acuerdo que, en la noche, volveríamos a la universidad a leer los datos de los profesores para saber dónde vivía el Señor Higgins, y así, interrogarlo con todas las preguntas que cada uno de nosotros había planificado.

Lamentablemente tuvimos que recurrir a esto, porque no nos dejaron leerlos con ninguna de las excusas que le propusimos a la ya anciana secretaria mientras nuestros compañeros dormían. Colarse a un edificio para posiblemente ir a una cárcel era solo un pequeño obstáculo en nuestra empresa, el principal problema era que, al encontrar al ser capaz de responder nuestras pre-

ron que después de la muerte de la niña, nadie había podido tener una vida normal. La culpa cayó sobre el conductor ebrio, lo culpaban por todas las desgracias de la familia, le tenían un odio increíble. Cuando hablaban sobre él, lo hacían de una manera espeluznante, sus ojos parecían salir de sus órbitas buscando al asesino.

Como sea, supimos casi todo sobre la niña además de ver varias fotografías de hace cinco años, cuando aún vivía. Pelo castaño claro, 110 centímetros de estatura, ojos verdes. Era la alegría de dos familias unidas, era el centro de todo para estas personas, imposible es decir que una persona pudiera tener tanto amor a su disposición. Y todo cambió una noche, cuando todo se desmoronó, y lo que era amor, se convirtió en odio. Tanto odio dirigido a una sola persona, convirtió en locos a esta gente, nunca más pudieron hacer vida social. Cuando preguntamos sobre ellos a los vecinos decían que ante cualquier situación reaccionaban mal, que estaban llenos de odio, que no amaban ya a nadie.

En las fotos, la niña rara vez aparecía sola, y siempre lo hacía con una hermosa sonrisa de oreja a oreja. En las fotos veíamos a una víctima

tre en un solo lugar? ¿Cómo es posible que exista tanta maldad y encono? Odio, venganza y rencor ¿Pueden formar un único sentimiento?

Llegamos a un barrio de clase media, se notaba que alguna vez fue una casa increíblemente bien arreglada, pero ahora, todo estaba descuidado, la maleza alta, la pintura descolorida, las ventanas rotas. Llamamos. Salió una pálida mujer. Preguntamos por la madre de la niña. Era ella. Le contamos que estábamos investigando sobre el caso y que teníamos varias pistas. Abrió los ojos de una singular manera, imposible describir con palabras. Nos abrió la puerta y llamó a unos familiares, fue una escena horrible, cada uno de ellos tenía una cara de desesperación... De odio... De maldad. No voy a entrar en detalles sobre la conversación de aquella tarde, fue un episodio extraño, tanta gente poniendo atención a nuestras preguntas... En total eran nueve: los dos padres, los cuatro abuelos, dos tíos paternos, y uno materno. Por lo que se deduce, era una casa grande, tanto como un hotel, que albergaba a todos los familiares de la niña que habían asesinado, curiosamente nadie más tenía hijos, no había niños en la casa, preguntamos sobre este hecho, y nos respondi-

guntas, éste, se hubiera suicidado, escapado de la ciudad o que simplemente no quisiera respondernos nada.

El plan ya estaba hecho (no muy elaboradamente, solo consistía en entrar por una ventana de baño e improvisar), cada uno de nosotros fue a su casa a descansar y prepararse para lo que haríamos en la noche del sábado, segundo día de diciembre.

A medianoche exacta ya estábamos los cinco. En un sorteo infantil que no detallaré, se le delegó la tarea a la más delgada de nosotros para pasar por la estrecha ventana del baño de hombres, lamentablemente se negó a ir sola, y yo era el único hombre delgado del grupo, el único que cabía por la ventana, por ende, tuve la penosa obligación de acompañarla en contra de mi voluntad. Después de ayudarnos a entrar a mi acompañante y a mí, los demás corrieron a perderse en las sombras de los árboles vecinos.

Dentro, en el baño, no se veía absolutamente nada, y ninguno tuvo la corriente idea de iluminar de algún modo. Dependíamos totalmente de la suerte, ya que no sabíamos si cerrarían las puertas desde afuera. No todo salió como esperábamos. Las puertas estaban cerradas y decidimos abrirlas al modo más rápido y menos inteligente: patear la puerta hasta que cediera. Tomé distancia, me posicioné y pateé la cerradura con tal de

culpable en la cárcel... ¿Respondería nuestras preguntas? Respondería acaso ¿Qué fue lo que vimos? ¿Por qué una niña muerta aparecería de un muro a “capturar” a su asesino? No, no lo haría. Decidimos acusarlo cuando tuviéramos las respuestas de estas preguntas, quizás haya sido una decisión poco empática por nuestra parte, pero sentíamos que no podíamos vivir sin una explicación razonable. Cada uno de nosotros era escéptico en temas paranormales. Y cuando las creencias y verdades de un humano se derrumban ¿Qué hay delante?

Procuramos no dormirnos en el viaje hasta la casa de la familia, al parecer, todos tuvimos esos sueños inexplicables en el camino a la biblioteca. El viaje fue tranquilo, fue el primer momento que pudimos hablar de temas tan mundanos como nuestras vidas desde el incidente del viernes primero de diciembre. El primero y el último.

Me hubiera gustado nunca visitar esa casa. Me hubiera gustado dejar esas preguntas sin responder y largarme a otra ciudad, a otro país, ¡A otro mundo incluso! Pero no, no lo hice y, lector, usted no sabe cómo me arrepiento. Después de eso no hubo vuelta atrás.

¿Cómo es posible que tanto odio se concen-

do dormido en el volante, por lo que no se percató de que había atropellado a alguien y la había arrastrado por más de cinco kilómetros ¿Qué cómo no se habrá dado cuenta? Quién sabe, el nivel de borrachera debió haber sido tóxico. Soltando el pie del acelerador disminuyó su velocidad hasta que chocó suavemente contra un árbol, salió del auto, miró como había sido el choque, y vio a una niña incrustada en el parachoques, con las extremidades irreconocibles y faltó la mitad del cráneo. Quién sabe qué pasó por la mente de aquel borracho, que, en vez de llamar a la policía y entregarse, subió el pequeño cadáver a su auto y se lo llevó a otra parte. Nadie sabe actualmente donde se encuentra el cuerpo.

Después de terminar la investigación, decidimos comer algo, aunque sea en un café. Allí hablaríamos mejor, y lo hicimos. Con el estómago vacío nadie piensa bien. Con todos los datos que recolectamos de los periódicos, diarios y sueños que nadie relató, teníamos incluso la dirección de la casa de los padres de la víctima. Resolvimos entrevistarlos ese mismo día y revelarles quién había sido el causante de su tragedia familiar para denunciarlo y que se hiciera justicia. Pero... Tener al

hacer el menor ruido posible. Ni yo, ni mi acompañante, ni nadie, hubiera estado preparado para semejante espectáculo de irrealidad.

Tras el sonido del golpe, todo, las paredes, el piso, el techo, todo, se coloreó verde. Era un verde oscuro y borroso, todo, absolutamente todo, era verde y borroso. Al salir caminando atónitos a la apariencia del edificio, frente nuestro estaba el cuidador, nuestra primera reacción fue intentar escapar, pero pronto nos dimos cuenta de que no se movía, y que también era verde, verde y borroso. Nos acercamos lentamente. No, no se movía, ni respiraba, ni nada, al parecer, todo estaba quieto, en las calles que se veían por las ventanas ningún automóvil avanzaba. El tiempo no avanzaba, no existía sonido más que el de nuestra jadeante respiración y el de una circulación sanguínea al ritmo de intensos latidos asíncronos. Por fin, tomé la valentía de seguir nuestro plan, mi compañera aceptó en silencio y nos dirigimos a la oficina del rector y buscamos los papeles de recursos humanos y demás. Creo que en toda esta “aventura” que estoy relatando, encontrar los papeles del profesor Higgins fue lo más fácil, simplemente miramos de reojo los papeles en un escritorio y ¡Ya!

Los datos personales y dirección del profesor aparecieron ante nuestros ojos. Copiamos la dirección en una hoja, y corrimos de vuelta hacia nuestro punto de partida. El verdor y la borrosidad nos hizo tropezar un par de veces. Correr por un mundo verde en su totalidad, mientras no existe el tiempo y lo único vivo son solo dos personas, es bastante extraño y alucinante, solo eso diré.

Aún seguía todo en aquella extraña calma verde (¿Se le puede llamar a algo así?) cuando entramos al baño. Cuando cerré la puerta suavemente (por suerte), todo volvió a ser oscuro, y, aparte de los ruidos de la carretera, por el pasillo, se escuchaban los pasos de un hombre cojo y viejo.

Saltando a la ventana con extrema excitación para escapar de lo vivido, escapamos con nuestro cometido, nos había ido bien cumpliendo nuestro objeto, y corrimos al encuentro de los que nos esperaban. No fue, debo decir, una muy buena bienvenida, solo nos preguntaron “¿Por qué se arrepintieron?” o “¿Qué hacen acá?” Extrañados los dos, nos miramos. Ella sacó el papel de su bolsillo, a lo que ellos dijeron que era imposible, que ni siquiera habían pasado dos minutos. Respondimos que no importaba, que teníamos la dirección

Capítulo séptimo: Niña

La búsqueda no fue difícil. Jamás se me hubiera ocurrido que en los archivos nacionales se guardaban todos los periódicos y diarios de todos los días. ¿No es eso mucho trabajo? A estas horas supongo que da igual. Gracias a varios diarios de la época, pudimos hacer una reconstrucción de la escena del atropello. Los reporteros y periodistas me dan asco ¿Por qué a la gente le gusta leer tantas desgracias ajenas? ¿Será la gente tan morbosa?

Aquí lo que dedujimos:

Una familia de varias personas, madre, padre, hija, más algunos parientes de esta última, habían estado en un evento infantil una tarde de domingo. Cuando volvían a su casa, cruzaron en una calle cuyo semáforo estaba en verde para peatones, sin aviso y a toda velocidad, un conductor ebrio (que a estas alturas ya sabíamos que era el Señor Higgins) atropelló solo a la menor, que no alcanzó a esquivarlo. El conductor se había queda-

tuviera siendo tapado con algo. Inmediatamente, lo poco y nada que veía, se vuelve verde. Verde, y aún más borroso que antes. Todo es verde. Solo verde. Siento un gran peso en mi pecho, en mis piernas, en mi rostro. Solo deja de ser verde, para volverse negro. Un negro color muerte.

14:00 – Me despertaron. Parecía un muerto andante, pero no era el único. ¿Habría alguno de mis compañeros tenido las mismas pesadillas que yo, que a pesar de que los sentimientos del miedo o el dolor no estaban presentes, se podía sentir la angustia horrible e insana, que aún llevo en mi corazón?

Llegamos a nuestro destino. Cinco muchachos ojerosos, delgados y demacrados entraron a los archivos nacionales de la principal biblioteca del país, con un diario de hace cinco años en una de sus manos y muchas preguntas en sus cabezas.

y que nadie nos había visto, ¿Nos creerían que corrimos desesperados en los pasillos de un mundo totalmente verde mientras el tiempo estaba detenido? Nunca lo supimos, nunca les contamos.

Como precaución, cada uno escribió la dirección en algún lugar personal y nos separamos hasta la mañana siguiente. Era el tres de diciembre, una mañana calurosa, pero ¿A alguien le importa la temperatura cuando se tiene solo preguntas en la mente? El escenario era nuevamente la universidad, a la razón de que nadie se atrevió a entrar nuevamente, apenas llegamos todos, nos despedimos para siempre de nuestro reconocido establecimiento de educación, mirándolo desde la calle con miradas de extrañeza, de preguntas, de incredulidad. Para siempre. Hasta nunca.

Fue un viaje largo hasta la casa del desahogado, ningún bus nos dejaba tan lejos. Seguramente era más de una hora de viaje en automóvil para llegar a la universidad ¿Por qué se daba la molestia de vivir tan lejos? En bus nos tomó una hora y caminando otra más.

Un árbol de tristeza. Fue una visión durante la larga caminata hasta nuestro destino mien-

tramente siento felicidad, no me extraña que sonriera mientras dormía en el bus. Veo dos luces que vienen hacia mí.

13:00 – Esta vez desperté más bruscamente, golpeándome la frente con el asiento de enfrente y despertando al que estaba sentado ahí. Me miró, pero no lo hizo ¿Cómo puedo explicar esto? Solo vi un par de ojos muertos, ojos que navegan por un mar de pesadillas, y nada creen en lo terrenal, en lo real. Ojos que toman el horror y la fantasía como una verdad y olvidan todo lo físico y palpable para aislarse en un mundo de sueños retorcidos que nacen desde los horrores de este mundo. Ojos que no miran hacia ningún lado, pero aún así observan los horrores imaginarios de irreales sueños inducidos por increíbles experiencias pasadas. Los mismos ojos con los que escribo este texto.

La breve visión que tuve al rostro del despertado, me indujo un sueño horrible.

No siento mi cuerpo, solo siento la molestia de unas luces. Una mirada horrible, ebria de miedo y alcohol. Balanceos. Siento que floto, siento que estoy muerto. La misma mirada otra vez, pero ahora está más cerca, y desaparece de a poco, como si es-

lencio reinaba, y como costumbre mía, miraba el reloj cada treinta segundos, por ende, recuerdo los tiempos en los que me dormí y los que desperté.

12:25 – Tres de nosotros dormían y empecé a sentir sueño mirando por la ventana. Es la última hora que recuerdo antes de dormir.

Despierto pensando que aún sigo en el bus, me equivoco, estoy en un auto. Todo es borroso y no creo controlar el movimiento de mi mirada. Estoy conduciendo, y el camino parece borrarse en pestaños. Me duermo. El auto choca a baja velocidad con lo que creo es un árbol. En un intento vergonzoso por abrir los ojos solo puedo ver el volante, el parabrisas y... Sangre...

12:40 – Desperté con el corazón queriendo salir de mi pecho, todos dormían.

12:45 – El sueño volvió a llevarme a otro mundo, u otra visión, lo que sea.

Igual al anterior sueño tampoco controlo la mirada, esta vez no es borrosa, pero todo está desde una perspectiva distinta, soy varios centímetros más bajo. Cada mano sujeta una persona más grande que yo, un hombre moreno de barba, y una mujer tan blanca que no contrasta con la iluminación que está detrás de ella cuando la miro. Extra-

tras mis compañeros me dejaban atrás. Fue un árbol. El único muerto, al centro de una hilera de árboles frondosos. Un árbol de tronco negro. Manchado. Golpeado. Un árbol de tristeza.

La villa donde vivía era prácticamente zona rural, casas medianamente grandes con gigantescos patios traseros sin cultivos. Gente adinerada, era obvio. Al fin de tanto caminar llegamos a la casa con el número marcado en un papel con el logo de una universidad en él. Tocamos la puerta exterior... La pateamos, gritamos, y cuando nos decidimos a saltarla, apareció una anciana con delantal, de aspecto senil y de voz chillona.

- ¿Qué pasa? ¿Por qué gritan tanto? –gruñó la casi sorda y casi ciega anciana.

- Queremos ver al Señor Howard Higgins señora, sabemos que ésta es su casa –dijo insolente uno de nosotros.

- No no, él no quiere ver a nadie ahora, está en su habitación y no se ha movido de allí desde antes de ayer, y me dijo específicamente que no quería ver a nadie. Y váyanse si no quieren que llame a la policía.

- No nos importa en lo absoluto –dijimos varios al unísono- (nadie habla así realmente. No

recuerdo lo que dijimos, pero sí fue muy grosero).

La puerta de metal no era alta, y nadie pensó en hacerle caso a la anciana. La saltamos todos, y nadie dudó en hacerlo un solo segundo, de eso estoy seguro. Todas las respuestas estaban en esa casa y nadie nos impediría averiguarlas, por las buenas o por las malas. Dejamos pues, a la anciana gruñir y gritar como lo hace la gente de su edad, nadie le puso la menor atención. Entramos pateando todo lo que se nos cruzara: puertas, mesas, sillas, etcétera. Creo que me sentí un verdadero vándalo que odia a la sociedad sin razón alguna y destroza todo lo que se le cruza por delante, pero nosotros teníamos una razón: respuestas, respuestas a preguntas sin ninguna lógica que nos obligaron a dormir mal por dos noches, y que nuestra demacrada cara ya lo reflejaba. Pálidos, ojerosos, débiles. Ese era nuestro aspecto.

Mientras revisábamos la casa buscando la habitación, nuestra desesperación, nuestra angustia, nuestra rabia se iba incrementando cada vez más. Pateando puertas encontré una cerrada con llave, les avisé a todos y juntos la pateamos con una furia tremenda, ya ni siquiera sabíamos si íbamos a golpear o interrogar al Señor Higgins. La

Capítulo sexto: Sueños

Los Archivos de la Biblioteca Nacional estaban a unas dos horas de camino en bus, sumándole la hora de caminata. A pesar de nuestra excitación constante, creo que todos nos dormimos durante el viaje. Nunca había tenido sueños tan extraños, ni tampoco había soñado fuera de mi cama, pero creo que es necesario relatar los tres sueños que tuve en el viaje a la biblioteca, solo para demostrar el estado de vigilia constante que nos atormentaba a todos y el de cansancio repentino que nos daba de un momento a otro. Y es que parecíamos ser una sola persona, con los mismos estados de ánimos al mismo tiempo. Más que un grupo de personas diferentes, parecíamos hermanos de toda una vida, a pesar de nunca haber hablado mucho sobre temas personales antes del suceso que cambió nuestras vidas para siempre, al menos a mí, porque no creo que lo que ellos hacen en estos momentos sea vivir.

Con el bus vacío a excepción nuestra, el si-

un espectro? ¿Qué es el alma? ¿Cómo se convierte la gente en esas cosas paranormales que tantas veces he leído en libros y revistas fantasiosas?

puerta se abrió a un triste escenario: un hombre en ropa interior, desmayado y borracho, con la piel irritada alrededor de sus ojos (¿Pueden las lágrimas hacer tal cosa?) una botella de licor en una mano, y un diario de hace cinco años en la otra.

Nada pudimos sacar de él, parecía estar en coma, pero cuando le golpeábamos el rostro o lo mojábamos con agua o con el mismo alcohol, abría los ojos para cerrarlos dos segundos después mientras gritaba frases incomprensibles. Menos excitados que cuando llegamos, buscamos cosas en la habitación que nos dijeran algo, cualquier cosa, sobre nuestra situación actual.

La única “pista”, muy útil, por cierto, fue el diario viejo que apretaba con increíble fuerza aquel borracho. No pudimos abrirle la mano, pues cuando lo intentábamos comenzaba a moverse y gritar incoherencias. Cansado del espectáculo del ebrio que alguna vez vimos como alguien respetable, me vi obligado a pisar con fuerza, varias veces, su mano, con la intención de que soltara la hoja. Funcionó, y gimió como un niño al que le roban un dulce... Y le fracturan tres dedos. Ya no existía el respeto, solo preguntas. Preguntas sin sentido, sin respuestas. Transcribo el texto como

mi memoria me lo permita.

“Niña muere atropellada en la intersección de las calles (...) y (...) el domingo (...)

El hecho ocurrió a las 22:30 en la región de (...) La víctima, de 6 años de edad y de iniciales A.M.N.M. se dirigía a su casa junto a sus padres y abuelos luego de pasar el domingo en un evento infantil (...) 120 km/h (...) Fue arrastrada por 5 km (...) No se dio cuenta (...) El conductor se dio a la fuga presumiblemente con el cuerpo de la niña (...) Según testigos del accidente, estaba en estado de ebriedad (...) Sin patente (...) Al atropellar a una niña en estado de ebriedad y no prestar ayuda a (...) Arriesga desde (...) años de cárcel en la (...) Sigue desaparecida (...) Poca probabilidad de que aún viva (...) Cantidad de sangre (...) Masa encefálica (...) Calle (...)”

Solo recuerdo eso, creo que es lo más importante, lo demás solo es información innecesaria, supongo.

Luego de la lectura en voz alta de una de mis compañeras, el silencio inundó toda la habitación, las ideas que cada uno concluyó eran obvias

e idénticas. Borracho inmund. Cinco personas miraban con odio a un hombre semidesnudo tirado en el suelo, solo era necesario el paso hacia delante de alguien para empezar algo de lo que nos arrepentiríamos. *Deus ex machina*. Pasos de personas interrumpieron el silencio gritando algo así como “policía” y recordamos que habíamos entrado sin permiso y empujando a la anciana criada. No pudimos hacer nada más que huir. Y corrimos con la energía de adolescentes prófugos, lo cual éramos.

Ya corridos diez minutos, y dejando la casa más atrás que los policías gordos que nos seguían, resolvimos volver a la casa para encontrarnos con nuestro antiguo profesor sobrio y encararlo para obtener respuestas. Empresa imposible de cometer. Cuando volvimos una hora después, los policías estaban aún en la casa y hablando de vigilarla por toda la noche y el día siguiente. Solo nos quedaba una cosa por hacer, buscar a la familia de la niña atropellada y hallar las respuestas que hace tan poco y a la vez tanto tiempo buscábamos. Recuerdo que algunas de ellas cruzaron mi mente cuando emprendimos el viaje a los Archivos de la Biblioteca Nacional ¿Qué es un fantasma? ¿Qué es